

Siga usted:

«Cuando mi alma á lo oscuro tienda el vuelo.
(¿No tiene usted esperanza de ir al cielo?
Pues no está el cielo oscuro, amigo Oyuelo.)
Cuando mi alma á lo oscuro tienda el vuelo,
Y dentro su ataúd...»

¿Dentro del ataúd del alma?...
Explíquese usted:

«Cuando mi alma á lo oscuro tienda el vuelo,
Y dentro su ataúd mi cuerpo yazga,
Por mi tumba al pasar, do se consuma...»

¿El qué se va á consumir? ¿El alma?...
¿El cuerpo?... ¿El ataúd?... ¿La lágrima?...
El numen no será, porque... no hay de
qué darlas.

«Por mi tumba al pasar, do se consuma,
¡Oh! su polvo mojad con una lágrima.»

¡Oh! su polvo... ¿El de la tumba?... ¿El
del ataúd?...
El del diablo que lleve tanto ripio y tan-
ta bobería.

Lo que sigue en las *Hojas sueltas* es una
silva al presente siglo, que más bien de-
biera ser una *silba*. Pero el vate no lo en-
tiende así, y aunque con ciertas restriccio-

nes propias de católico-liberal, de los que
ponen una vela á Dios y otra al diablo, se
entusiasma al fin como un progresista cual-
quiera con los adelantos modernos, y dice
que

«. En cambio,
De la *inflamada* tea
Que el *implacable* inquisidor blandía,
Emblema de *armonía*,
Su *esplendorosa* luz manda la *idea*.»

¡Buena está la armonía que nos ha traído
la *idea* moderna!

La armonía de estarse acechando y ame-
nazando continuamente los jornaleros y los
propietarios, los ricos y los pobres, para
ver quién extermina á quién, cuando lle-
gue ocasión oportuna.

Verdad es que el vate confiesa en malos
versos que

«El invento de Guttenberg

(¡Vaya un heptasílabo!)

Más el error que la verdad difunde.»

Y censura al siglo porque *vuelca y sa-
cude*

«Las que el hombre adoró *creencias* divinas.»

como vuelca él las leyes prosódicas queriendo que *creencias* tenga sólo dos sílabas como si fuera *crencias*...

Después hay en el libro de Oyuela una cosa así como epístola en tercetos, dirigida á otro mal poeta argentino, á Rafael Obligado, con un lema en verso de Echeverría, otro argentino también *obligado* á ser mal poeta...

La epístola empieza así:

«Rara, á fe, Rafael...»

¡Buen principio!...

Ra-ra, á fe-Ra-fa...

De cinco sílabas, pues la *d* que precede á la *fe* se elide; de cinco sílabas, tres son iguales, *ra-ra* y *ra*, y las otras dos casi iguales, *fe* y *fa*...

Y esto en el primer verso.

¿Podría haber hallado el autor combinación más dura de sílabas para empezarle?

¡Rara, á fe, Rafael!...

¡Y pensar que todavía hace pocos días llamaba D. Juan Valera buen poeta á este D. Calixto!...

¡Claro! Buen poeta como él... que también es muy malo.

«¡Rara, á fe, Rafael, la humana vida!
Y tal...»

¿La humana vida... y tal?... Esto parece del *Regatero*...

«¡Rara, á fe, Rafael, la humana vida!
Y tal, que dudo á *decidir* se acierte
Si á *larga* risa-ó á llorar *convida*...»

El terceto comenzó duro y enrevesado, para continuar bajo y pedestre (*que dudo á decidir*), y acabar asonantado y ripioso, con la risa *larga* y la asonancia de *risa* y *convida*.

Creo que ni poniéndose adrede á hacer un terceto malo, se puede hacer peor que éste.

Y vamos al segundo:

«El hombre nace, y su *menguada* suerte
Le lleva, cual *doliente*-peregrino,
Al *temeroso* abismo-de la muerte.»

Prosáico también, muy prosáico.

Y también ripioso, como lo atestiguan la suerte *menguada*, el peregrino *doliente* y el abismo *temeroso*.

Y también con asonancias entre los hemistiquios y los versos, como *doliente* y *suerte*, *abismo* y *peregrino*...

Vamos al tercero:

«Y si *riega* un instante su camino
Rocío celestial...»

El rocío no *riega*: humedece, refresca, moja, empapa, rocía... todo menos regar. Regar es otra cosa.

No se podía aplicar á la acción del rocío un verbo más impropio.

«Y si *riega* un instante su camino
Rocío *celestial*, es porque sienta
Todo el rigor de su *infeliz* destino...»

Lo cual, á más de ser literariamente malo, tiene sus ribetes de blasfemia.

No: Dios, nuestro Señor, no nos dispensa sus favores celestiales para hacernos más infelices. El pensarlo es una impiedad, y el decirlo sin pensarlo es por lo menos una tontería.

Siga usted:

«¿Y luego? ¡Oh pobre humanidad sedienta
De *ignotas* aguas, cuyo cauce *en vano*
La *ignara ciencia*—descubrir *intenta*...»

¡Dale con los asonantitos! Y con los rípios.

Adelante:

«¡Oh *indescifrable* y *pavoroso* arcano,
Mientras *vivido* el sol reine en la esfera
Y el mundo rueda en el *etéreo llano!*...»

En el *etéreo* disparate querría usted decir... O por lo menos lo dice, aunque no quisiera...

¡Cuidado con decir que la tierra, que rueda en curvas alrededor del sol, rueda por un *llano!*...

Y sigue:

«Blanco azahar el rostro *iluminado*
De la *reciente* esposa, *orna* y *perfuma*,
Llorará en breve por el hijo *amado*,
Que en este valle de *perenne* bruma
Se deshace en nuestra alma la alegría
Cual *leve* copo de *albicante* espuma...»

¡Olé por los adjetivos... académicos!...

«Ya no surge en nosotros *soberana*
Aquella voz que *armónica* vibrando
Fuente era un tiempo de *delicia arcana*.»

Y todo lo demás de la epístola es por este estilo... Estilo muy *arcano* y un poco *albicante*...

Después hay una composición con este título: *En el álbum de Sara*, que empieza:

«Ríete, Sara, del que *torvo* estima
Eterno el duelo en la *existencia* humana...»
(*Pues ríete del vate que ahí encima*
Hizo esa propia estimación insana.)

Porque, efectivamente, en los primeros tercetos de la epístola á Rafael, á *Rara, á fe, Rafael*, afirmaba Oyuela eso mismo que aquí juzga cosa risible. Y aun algo más, como recordarán ustedes.

La siguiente composición lleva por título *La bóveda oscura*.

Es un romance, y empieza de este modo:

«*Junto á una bóveda oscura
De inmensos helados senos,
Donde imponentes vagaban
El Misterio y el Silencio,
Estaba una altiva joven,
En cuyo sereno aspecto
Solemne resplandecía
De la majestad el sello.*»

Defectos de estos ocho versitos:

1.º El adverbio *junto* muy impropio aplicado á una mujer y á una bóveda. ¿Cómo había de estar la joven *junto* á la bóveda?... ¿Suspendida de un cordel como una araña?... Si se tratara de una *columna* estaría bien el *junto*. Pero tratándose de una bóveda, la joven *altiva* estaría bajo la bóveda ó sobre la bóveda, no *junto*. ¡Si parece que estos vates académicos no han oído campanas en su vida!

Hay que usar las palabras con propiedad. ¡Tengamos acá lo de D. Antonio Cánovas,

cuando, traduciendo á Tomás Grossi, nos puso una golondrina *arrimada* á una ventana!...

2.º Los asonantes en medio de los versos, como *inmensos* y *senos*, *sereno* y *aspecto*, *Misterio* y *Silencio*, que aunque se escriban con letras grandes, como las escribe el autor, siempre son asonantes y están mal en un mismo verso. Y es más imponderable este defecto tratándose de un romance donde hay gran libertad de elegir palabras, pues los consonantes no obligan.

3.º Los muchos adjetivos, pues cada sustantivo lleva el suyo, como la bóveda, que es *oscura*; el Misterio con eme grande, y el Silencio también con ese grande, que son *imponentes*; la joven, que es *altiva*; su aspecto, que es *sereno*; la majestad, que es *solemne*... y aun hay sustantivo que lleva dos, como los senos de la bóveda, que son *inmensos* (¡buena mentira!) y *helados*.

Y sigue:

«*Clara antorcha de su mano
Alzábase al firmamento,
Cual si esparcir luz quisiera
Por sus ámbitos inmensos.*»

Otra vez *inmensos*...

Pero si la joven *altiva* estaba debajo de la bóveda, ¿cómo había de esparcir la luz

de la antorcha, que alzábase de su mano,
por los inmensos ámbitos del firmamento?...
A no ser que la bóveda estuviera rota...
Sigamos á ver si nos podemos enterar:

«Llena de mortal congoja...

¿Quién? ¿La bóveda ó la joven?...

Llena de *mortal congoja*,
Llena de *ferviente anhelo*
(*Llenos los versos de ripios...*
Muchas llenuras van siendo...)
Veía *ese antro profundo...*»

¿Ese? ¿Y cuál es *ese antro profundo*? ¿El
firmamento ó la bóveda?

El firmamento debe ser, porque es lo úl-
timo de que usted más ha hablado...

«Veía *ese antro profundo*,
De sombras y horror cubierto.
¿Qué es del que al mundo *arrancado...*»

Arrancado... Sí. Más malo que arranca-
do es usted como poeta, Sr. D. Calixto...

«¿Qué es del que al mundo *arrancado*
Rueda á *ese abismo tremendo...*»

Pero ¿á cuál? vuelvo á preguntar. ¿Al
firmamento ó á la bóveda?...

Y... nada, que no se puede averiguar
eso.

La última composición del libro de las
Hojas sueltas é insustanciales se llama
Impotencia, y demuestra perfectamente la
del autor para la poesía.

Pero á un escritor italiano de mal gusto
se le ocurrió traducirla á su idioma, y he
aquí que el autor, más hueco que un azu-
carillo, añade á sus *Hojas sueltas* la tra-
ducción italiana de su *Impotencia*, y la lla-
ma *excelente*, aunque es casi tan mala co-
mo el original.

Este empieza así:

«¡Oh! mil veces feliz, *cóndor altivo...*»

Así, *cóndor* con su acento... Estos ame-
ricanos se empeñan en llamar *cóndor* al
condor, y hay que dejarles...

«¡Oh! mil veces feliz, *cóndor altivo*,
Que el vuelo tiendes *con potente ardor...*»

¡Frase más académica!... Parece de Ca-
ñete. Y ni el Marqués de Molíns ni el Con-
de de Cheste hubieran usado otra...

«¡Oh! mil veces feliz, *cóndor altivo*,
Que el vuelo tiendes *con potente ardor*
A bañar tu plumaje en el *inmenso*
Piélagos de oro del *fecundo sol...*»

¡Alza! ¡Pilili!... Del *fecundo* sol... ¿Por qué ha de ser el sol *fecundo*?... Será fecundante.

«¡Oh! mil veces feliz, tú que en la altura
Sientes *intenso*...»

Sien... tes-intenso... ¡Muy bonito!...

«¡Oh! mil veces feliz, tú que en la altura
Sientes *intenso* y *fervido* vibrar.»

¡Atiza!... *Intenso* y *fervido*... y no añadió *concomitante*, porque ya no le hacía falta más relleno, que si no...

«El beso *eterno* que al *Criador* envía...»

No es verso, como diría el General Mitre á su compadre Charras; porque *Criador* tiene tres sílabas, y ahí no le ha dejado usted sitio más que para dos.

¡Hasta al *Criador* de todas las cosas y de los inmensos espacios le quieren estos vates oprimir y disputar el sitio!

«¿Por qué, si me negó naturaleza
De tu vuelo *imperial émulo ser*...»

¡Caramba, qué malito es eso de *émulo ser*!

Al que no lo lee y lo oye parece que le suena:

«De tu vuelo imperiale mulo ser.»

Vamos á ver en qué para el cuarteto:

«¿Por qué, si me negó naturaleza
De tu vuelo imperial émulo ser,
Encendió en mí estas ansias inmortales,
Esta de gloria *inmensa*, *inmensa* sed?»

Bueno: *inmensa*, *inmensa*.

«Aquí este *anhelo* devorante *eterno*.»

Verso desgraciado. Por la asonancia de *anhelo* y *eterno*, y además por la cacofonía de *devorante eterno*, que no puede menos de sonar *devorante terno*.

Y adiós, Sr. Oyuela.
Que usted se alivie.